**De la *Maximum illud* al Mes Misionero Extraordinario**  
(Santiago de Compostela, 04/09/2019)

**Introducción**

Estimados señores:

Les agradezco la invitación a tomar la palabra con ocasión de este congreso teológico que, en vistas al próximo mes misionero extraordinario, se centrará en reflexionar sobre la misión. Para mí, la celebración del Mes Misionero Extraordinario es una oportunidad propicia para una relectura actualizada de la Carta apostólica *Maximum illud* del papa Benedicto XV, de manera que nos ayude a entrever el camino que desde aquí podemos emprender para dar a la Iglesia un nuevo impulso misionero, como es el deseo del papa Francisco. Deseo saludar de modo especial al Arzobispo de esta Diócesis, Mons. Julián Barrio Barrio.

En esta exposición plantearé los antecedentes del Mes Misionero Extraordinario, después continuaré con un esbozo de actualización de la *Maximum illud*, para finalizar intentando comprender algunos de los desafíos que nos plantea la celebración del Mes Misionero Extraordinario. En la conclusión me centraré en dar algunas sugerencias, a la luz de la *Maximum illud* y del Mes Misionero Extraordinario, para la renovación de la pastoral misionera en su conjunto.

**Antecedentes del Mes Misionero Extraordinario**

El papa Francisco hizo el anuncio de la convocatoria del Mes Misionero Extraordinario durante el rezo del *Angelus* de la Jornada Mundial de las Misiones del año 2017. Posteriormente, perfiló esta iniciativa con motivo del discurso que pronunció ante los Directores Nacionales de las OMP reunidos en su Asamblea General anual en Roma, a los que recibió en audiencia en el Vaticano el 1 de junio de 2018. En aquella ocasión expresó su deseo de vivir la fase de preparación del dicho Mes “como una gran oportunidad para renovar el compromiso misionero de toda la Iglesia”. El Santo Padre ve en el Mes Misionero Extraordinario “una ocasión providencial para renovar nuestras Obras Misionales Pontificias”.

Esta ocasión -como sabemos todos- se ofrece con motivo de que el próximo 30 de noviembre se conmemoran los cien años de la promulgación de la Carta apostólica *Maximum illud* del papa Benedicto XV. Este acontecimiento histórico no tendría en sí mayor trascendencia si no fuera por lo que Francisco nos decía en aquella audiencia:

“Por esta razón, propongo de nuevo, como actual y urgente, para la renovación de la conciencia misionera de toda la Iglesia de hoy, la valiente y gran intuición del Papa Benedicto XV, contenida en su Carta apostólica *Maximum illud*: es decir, la necesidad de dar una nueva impronta evangélica a la misión de la Iglesia en el mundo”.

Se trata, según la voluntad de Papa Francisco, de actualizar el mensaje de la *Maximum illud* de manera que sirva para renovar la misión de la Iglesia en el mundo y, a su vez, la labor de las OMP, con *una nueva impronta evangélica*, confiando en la acción del Espíritu Santo en la Iglesia, de manera que, mientras ella busca ser fiel al Evangelio, el Espíritu sea capaz de renovarla reconvirtiendo lo antiguo y creando cosas nuevas para mantener a la Iglesia siempre joven con la juventud de Cristo.

En la misma audiencia, el Papa da una indicación precisa para conseguir la conversión misionera de las OMP -y de la Iglesia en su conjunto-, aplicando la intuición de Benedicto XV: recapacitarse a partir de la misión de Jesús. Para ello, el Papa desea que “la conciencia, el conocimiento y la responsabilidad misionera vuelvan a ser parte de la vida ordinaria de todo el Pueblo santo de Dios”. Esto equivale, con las mismas palabras del Papa, a “que la santidad de la vida de los discípulos misioneros esté en el centro de nuestras preocupaciones”.

Hay que insistir en esta idea del Papa actual, porque constituye una idea central de su pontificado. Volviendo de nuevo a aquel discurso, hacía una afirmación sobre la que conviene profundizar y analizar las consecuencias:

“De hecho, para colaborar en la salvación del mundo, debemos amarlo (cf. *Jn* 3,16) y estar dispuestos a dar la vida sirviendo a Cristo, único Salvador del mundo. Nosotros no tenemos un producto que vender —no tiene nada que ver con el proselitismo, no tenemos un producto que vender—, sino una vida que comunicar: Dios, su vida divina, su amor misericordioso, su santidad. Y es el Espíritu Santo que nos envía, nos acompaña, nos inspira: es él el autor de la misión. Es él quien conduce la Iglesia, no nosotros”.

El Papa ha insistido muchas veces en que es necesario volver a considerar la misión no tanto como si fuera sólo cuestión de medios económicos, materiales, financieros, o de desarrollo social…, sino como una cuestión de caridad, como pone de manifiesto la cita que en el texto no se encuentra más que como una referencia. Esta es del evangelio del san Juan: “Porque tanto amó Dios al mundo, que entregó a su Unigénito, para que todo el que cree en él no perezca, sino que tenga vida eterna” (Jn 3,16). Este hecho ya lo resaltó Benedicto XVI en su mensaje para la Jornada Mundial de las Misiones del año 2006. En aquella ocasión hacía referencia a otra cita de san Juan, en este caso de su primera carta: “En esto se manifestó el amor que Dios nos tiene; en que Dios envió al mundo a su Hijo único para que vivamos por medio de él (1Jn 4,9)”. Aquí el actual papa nos invita a tomar en serio y a llevar hasta sus últimas consecuencias la esencia de Dios, que es amor: Él ha salvado al mundo por medio de su Hijo Jesús, y el Espíritu Santo derrama este mismo amor, conduciendo a la Iglesia por los caminos del mundo.

La Trinidad es la fuente perenne de la misión de la Iglesia, como recordó también el Concilio Vaticano en el decreto *Ad gentes* sobre la actividad misionera de la Iglesia; sobre ello ya he tenido ocasión de reflexionar en otro lugar[[1]](#footnote-2). En la línea de la *Maximum illud*, el MME nos ayuda a redescubrir la esencia misionera de la Iglesia: la suya es una misión divina que la Iglesia continúa en el mundo en el nombre de Cristo.

**La *Maximum illud* y la actualidad de la misión de la Iglesia en el mundo[[2]](#footnote-3)**

Para comprender el significado de esa Carta apostólica y contextualizarla históricamente hay que decir que el inicio del siglo XX fue de una gran efervescencia misionera, sobre todo con las misiones en África y en el lejano Oriente[[3]](#footnote-4). Ese fervor misionero tuvo su reflejo también aquí en España y la Iglesia se esforzaba por crear un ambiente misionero y difundir el mismo espíritu -no hay que olvidar la fundación del Seminario de Misiones Extranjeras de Burgos, origen del IEME, el 30 de abril de 1919, y la carta pastoral del cardenal Benlloch, Arzobispo de Burgos; así como las grandes figuras que impulsaron la animación y colaboración misionera. Baste citar, de modo muy sumario, a D. Gerardo Villota, al P. Hilarión Gil, SJ, al P. José Zameza, SJ, a don Ángel Sagarmínaga, etc. En ese contexto, la *Maximum illud* supuso el impulso definitivo a una profunda transformación de la manera de entender y de realizar la misión que cambiaría la historia.

El objetivo de la *Maximum illud* era el de lograr un nuevo impulso en el compromiso misionero y darle una necesaria impronta evangélica. Destaca por ello el estilo de la Carta; no es de índole doctrinal, sino eminentemente práctica, ofreciendo directrices para el desarrollo de la labor apostólica de los misioneros y para la cooperación de los fieles con la misión. Por eso, ya desde el momento de su publicación, se la comparó con la *Rerum novarum* de León XIII, y el P. Hilarión Gil, SJ, afirmó que estaba llamada a hacer época en la historia de las misiones, como de hecho ha sido.

Hay que agradecer al papa Francisco que haya propuesto a la Iglesia la relectura de este documento, que tiene mucho de profético, y que de otro modo hubiera quedado sólo al alcance de los expertos y eruditos. De la misma manera que en su momento supuso un giro copernicano en la comprensión y el desarrollo de la misión, también hoy nos puede ayudar a cobrar aliento para “una nueva etapa evangelizadora” (EG 1).

El papa Francisco, en una carta al Cardenal Filoni que acompañó a la convocatoria del MME, va haciendo un paralelismo entre la situación del mundo y de la Iglesia en tiempos de Benedicto XV y la actual. Los puntos de coincidencia que encuentra y las consecuencias que tienen son los que detallo a continuación.

*Purificar la misión*

El hito trascendental de la Carta apostólica *Maximum illud* es la llamada a volver a la raíz de la misión, que no puede ser otra que el Evangelio de Jesucristo. En el momento había que orientar a la Iglesia hacia la universalidad que es propia suya, dejando al lado “cualquier adherencia colonial” y “las miras nacionalistas y expansionistas que, con frecuencia, se mezclaban en la obra misionera”. La Carta exhorta “a rechazar cualquier forma de búsqueda de un interés”, pues en su momento ya buscaba que el fundamento de la misión estuviera en el evangelio: “ya que –continúa Francisco- solo el anuncio y la caridad del Señor Jesús, que se difunden con la santidad de vida y las buenas obras, son la única razón de la misión”.

El contexto de la Carta apostólica de Benedicto XV es evidentemente el colonialismo de las potencias europeas. Este había impulsado la difusión del evangelio en los lugares colonizados, pero también pagando un alto precio: la unión entre lo político y lo religioso. Benedicto XV pretende acabar con este maridaje que, si en un momento de la historia tuvo su razón de ser, en el fondo no es evangélico; consideró que había llegado el momento de la necesaria purificación de los intereses nacionales en la obra de la evangelización según el principio que Jesús establece en el evangelio: “Dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios” (Mc 12,17)[[4]](#footnote-5). De esta manera se hacía posible el impulso a la formación de Iglesias particulares en las hasta ese momento llamadas misiones[[5]](#footnote-6).

Esta visión de la *Maximum illud* conserva hoy todo su significado. En este contexto, me refiero a tres puntos específicos:

1. La purificación con respecto al poder político no debe dejar de hacernos reflexionar incluso hoy en día sobre la relación con el poder y, especialmente, con el poder político. La Iglesia no solo no puede identificarse con ningún poder político, sino que necesita un discernimiento continuo para no caer en la lucha política ni dejarse involucrar en ella, incluso cuando se trate de cuestiones sociales. Y esto es aún más cierto si reflexionamos sobre el fin de la actividad caritativa de la Iglesia como lo indicó previamente el Papa Francisco. A este respecto, me gustaría citar a Benedicto XVI en su encíclica *Deus caritas est*: “Ya se ha dicho que el establecimiento de estructuras justas no es un cometido inmediato de la Iglesia, sino que pertenece a la esfera de la política, es decir, de la razón auto-responsable. En esto, la tarea de la Iglesia es mediata, ya que le corresponde contribuir a la purificación de la razón y reavivar las fuerzas morales, sin lo cual no se instauran estructuras justas, ni estas pueden ser operativas a largo plazo” (n. 29). Entrar en la lucha política puede ser una tentación para la Iglesia incluso hoy, cuando se buscan soluciones inmediatas. Pero sigue siendo necesaria la participación auténtica de los cristianos laicos en las realidades temporales para poder conseguir transformaciones culturales reales. La Iglesia como tal nunca puede identificarse con partidos políticos e ideologías. Los cristianos, en virtud de su bautismo, su fe y su trabajo, deben contribuir a la regeneración de la sociedad y de sus instituciones a la luz del Evangelio y de la dottrina social de la Iglesia.
2. La distinción con respecto al poder colonial no puede sino hacernos reflexionar sobre la relación con el nacionalismo. Usar la Iglesia o la religión como pretexto para afianzar la nación es una tentación recurrente del poder. Ni siquiera la Iglesia es siempre inmune a la tentación de identificarse con la nación, de mezclar una vez más lo político con lo religioso, el bien de la nación con el bien de la Iglesia, un pueblo con el pueblo de Dios. Somos cristianos no por nacimiento, sino por el bautismo, o sea, por la participación en el misterio pascual, en el cual está la salvación de todos los hombres. Esto abre a la Iglesia a ser católica, es decir, universal. La Iglesia necesariamente vive de la relación vital entre lo local y lo universal. Si el Concilio escribe que la relación entre la Iglesia universal y la Iglesia local se establece como un *in quibus et ex quibus*, significa entonces que ninguna Iglesia puede absolutizar lo local. Estoy convencido de que la naturaleza misionera de la Iglesia también ayuda a la Iglesia local a vivir su relación esencial con la Iglesia universal, que no es extrínseca a ella. Y, en este sentido, no es coincidencia que, precisamente en la actividad misionera, el decreto conciliar *Christus Dominus* advierta de la responsabilidad de cada obispo como miembro del colegio apostólico para la Iglesia en su totalidad. De hecho, la ruptura del esquema nacionalista ha permitido el equilibrio correcto entre lo local y lo universal. Es más, en un periodo en que el mundo, penetrado de un hondo espíritu colonialista, acentuaba las diferencias raciales, la Iglesia venía a romper esas barreras proponiendo un programa cuyo carácter “revolucionario” se delinea con toda claridad sobre el trasfondo de la época: los misioneros europeos contribuyeron a la creación de jerarquías autóctonas, es decir, a la fundación de las Iglesias locales, realizada mediante el reclutamiento y la formación cuidadosa de un clero nativo[[6]](#footnote-7).
3. Superar el contexto colonialista conlleva necesariamente la superación de la mentalidad ampliamente difundida del imperio de la guerra y del conflicto como única solución a las contiendas humanas, como trágicamente había sucedido en la I Guerra Mundial. Papa Francisco constata que también nuestro tiempo “está desgarrado por la tragedia de las guerras y acechado por una triste voluntad de acentuar las diferencias y fomentar los conflictos”; la propuesta que nos hace es que un renovado esfuerzo por el anuncio de la Cristo para que “la Buena Noticia de que en Jesús el perdón vence al pecado, la vida derrota a la muerte y el amor gana al temor, llegue también con ardor renovado a todos y les infunda confianza y esperanza”.

*“Una ingente labor misionera*

Otro tema importante es la ingente labor misionera que aún falta por completar en el mundo. En su carta al Cardenal Filoni, el Papa recuerda también cómo, cincuenta años después, el decreto *Ad gentes* y sobre todo la encíclica *Redemptoris missio* han seguido insistiendo en la necesidad de que la Iglesia no pierda nunca de vista que ha nacido para la evangelización universal. La tan conocida afirmación de san Juan Pablo II con que inicia su encíclica misionera: “la misión de Cristo Redentor, confiada a la Iglesia, está aún lejos de cumplirse. […] Una mirada global a la humanidad demuestra que esta misión se halla todavía en los comienzos” (RM 1), no puede ser interpretada como una simple exhortación parenética. Además de la evidente verdad humana que encierra sobre los lugares y pueblos del mundo a los que aún no ha llegado el anuncio de Cristo, la afirmación es de índole teológica, porque siempre es posible una más profunda penetración del evangelio en las conciencias individuales y colectivas, una más profunda conversión y una más sincera conversión, una aplicación más plena a la vida personal y comunitaria. El Evangelio tendrá que plasmar siempre la cultura. Por eso la Iglesia no puede olvidar nunca que su única razón de ser en este mundo es la de llevar el mensaje de Cristo a todos los hombres y pueblos, buscando su plasmación de forma cada vez más perfecta. En este sentido, no podemos sino reiterar, incluso hoy, la necesidad de la *missio ad gentes* como tarea actual de la Iglesia. A veces se tiene la impresión de que esta sea una forma de misión relegada al pasado. Yo, en cambio, estoy profundamente convencido de que, en el futuro, la *missio ad gentes* se señalará como el primer anuncio de fe a quienes no conocen a Cristo como Salvador. Es más bien el modelo histórico el que cambia: ya no es un modelo unidireccional de norte a sur, sino un modelo circular, donde las diferentes Iglesias se apoyarán mutuamente para llevar el anuncio de Cristo a las periferias geográficas y existenciales de nuestro tiempo, como diría el papa Francisco. No es casualidad que él mismo haya indicado a las OMP los Hechos de los Apóstoles como punto referencia para la evangelización. Es un libro que hoy en día hay que reescribir a través de la actividad misionera de la Iglesia.

*Los medios de la evangelización*

Benedicto XV había hecho un profundo llamamiento a los misioneros recordando “que su confianza ha de estribar solamente en Dios” (MI 72), e insiste a continuación: “La propagación de la sabiduría cristiana, lo repetimos, es toda ella obra exclusiva de Dios; pues a sólo Dios pertenece el penetrar en el corazón” (MI 73). Es la llamada a poner la confianza no en los medios humanos, por eficaces que puedan ser, sino en Dios, ya que sólo él conoce los corazones y los puede iluminar y mover con su gracia; “si el Señor no auxilia con su gracia a su misionero, quedará éste condenado a la esterilidad” (MI 74).

El papa Francisco recuerda el hecho de que Benedicto XV, en la *Maximum illud,* había puesto de manifiesto cómo la labor de los misioneros depende de los medios espirituales coherentes con el evangelio y no de los materiales. Quien habla de Dios es un hombre de Dios (MI). Pobreza, preparación, conocimiento de las lenguas del lugar, santidad de vida, caridad y mansedumbre y confianza en Dios, son -para Benedicto XV- las características de la vida del misionero. El Concilio Vaticano II, en el decreto *Ad gentes,* se extendió largamente en su capítulo cuarto sobre la persona del misionero. Este énfasis en la persona nos ayuda a centrarnos en el hecho de que, en último término, el anuncio del evangelio implica una relación personal. Es un encuentro de persona a persona. Justamente hoy en día se insiste mucho en el uso de los diversos medios que pueden ayudar en el proceso de evangelización. Es más, hoy tratamos con un continente digital que es cada vez más el ámbito de la vida real para muchos hombres, especialmente para los jóvenes. Pero todo esto no puede hacernos olvidar que, sin una relación personal y directa, no puede existir un auténtico camino evangélico. Por esta razón, la Iglesia siempre necesitará personas concretas que se dediquen a la misión, para encarnar en sus vidas esa dinámica misionera que trae a Cristo al hombre.

*El papel del Papa y la prioridad de las OMP*

No es posible silenciar el papel que el papa Benedicto XV atribuyó a las Obras de Propagación de la Fe, de la Santa Infancia y de san Pedro Apóstol, así como a la Unión Misional del Clero. En aquel momento aún no eran pontificias, pues hay que esperar a que el papa Pío XI las asuma como obras del Papa en Papa1922[[7]](#footnote-8). Por esto mismo, llama más la atención la importancia que Benedicto XV atribuye a las tres obras que ayudaban a las misiones en el mundo entero y a la entonces asociación encargada de fortalecer el espíritu misionero de los sacerdotes. En la misma línea de pensamiento, el papa Francisco pretende, como hemos dicho más arriba, devolver a las Obras Misionales Pontificas el papel que deben tener en la promoción de la evangelización en el mundo entero. Para el Santo Padre, las OMP constituyen “la red mundial de oración y caridad misionera del Sucesor de Pedro”.

Traigo aquí este hecho porque es necesario tenerlo en cuenta para comprender cuál es la misión de la Iglesia. Si ella es universal, es necesario contar con un mecanismo también universal que la promueva, dirija y fomente en todas sus dimensiones; este mecanismo lo forman la Congregación para la Evangelización de los Pueblos y las Obras Misionales Pontificias. Ciertamente, esto supone replantear el carisma de las Obras -de cada una y del conjunto- en el mundo de hoy, ya que también ellas están necesitadas de confrontación, revisión y readaptación. Sin embargo, queda firme la recomendación de Benedicto XV de que “los católicos favorezcan preferentemente las obras instituidas para ayudar a las sagradas Misiones” (MI 96). Con ello está en juego la fidelidad al mandato universal de Cristo y el mantener siempre un espíritu profundamente evangélico en la animación misionera y en la distribución de las ayudas de los fieles entre las numerosas necesidades de la misión. De hecho, en 1922, serán asumidas como pontificias, al ser consideradas por el papa Pío XI un instrumento idóneo para impulsar la misión universal de la Iglesia. El papel privilegiado de las OMP en la actividad misionera fue luego resaltado por todos los Papas y por el Concilio Vaticano II. En aras de la brevedad, me gustaría citar n. 38 del Decreto conciliar *Ad gentes*, la Carta apostólica *Graves et inscrescentes* de Pablo VI sobre la PUM y su tarea de sensibilización, el mismo Código de Derecho Canónico, la encíclica *Redemptoris missio* de Juan Pablo II, en la que se dice que “en esta obra de animación (misionera) el cometido primario corresponde a las *Obras Misionales Pontificias*” (n. 84).

Por lo tanto, la renovación a la que el Papa Francisco ha llamado a nuestras Obras no puede prescindir de esta importante tradición. Se trata de acoger nuevamente este carisma, valorando el gran potencial pastoral que posee. Este carisma – según mis reflexiones– fue dado a la Iglesia para que todos los bautizados puedan participar en él, como diré más adelante.

*Confianza en la gracia de Dios*

Termina la *Maximum illud* con un impactante llamamiento de Benedicto XV a todos los fieles, tanto los misioneros que parten de sus tierras a otros lugares como los fieles que se quedan en su país. Este llamamiento es al fiel cumplimiento de cada uno de los deberes de la evangelización. El motivo no es otro que la confianza que Papa tenía en la gracia de Dios. Si la Iglesia lleva en su corazón el espíritu de Dios, no es posible que Dios no dé el fruto a sus esfuerzos.

Podemos encontrar en Francisco una confianza semejante en la exhortación apostólica *Evangelii gaudium*. Quisiera poner de manifiesto esta realidad, porque la situación actual del mundo y de la Iglesia nos obliga a preguntarnos cuál es el peso que le damos al esfuerzo humano y cuál es el que damos a la gracia de Dios. En su momento se confió al poderío económico, político e incluso militar de las potencias coloniales el fruto del esfuerzo por la expansión de la fe en Cristo y de la Iglesia. Hoy podemos aprender mejor de nuestros hermanos de las Iglesias orientales que el verdadero crecimiento de la Iglesia viene de la acción oculta, pero real y eficaz, del Espíritu Santo, a quien debemos aprender a dar prioridad incluso en las actividades de evangelización. Es el Espíritu Santo quien trabaja en los corazones y los toca, allí donde nosotros solos no podemos llegar. La oración es el alma de la misión, así lo dice el Papa Francisco en su carta al cardenal Filoni del 22 de octubre de 2017, convocando al MME.

Estos son los aspectos que el papa Francisco encuentra en paralelo con la *Máximum illud*. Ellos nos sirven de marco para ver cómo actualizar la intuición de Benedicto XV en el contexto socio-cultural y eclesial de hoy.

**“Bautizados y enviados: la Iglesia de Cristo en misión en el mundo”**

Ante los desafíos anunciados, el Espíritu Santo ha dotado a la Iglesia de un instrumento providencial. La celebración del Mes Misionero Extraordinario se presenta como medio para la renovación del espíritu misionero en todos los fieles y en toda la Iglesia. Este, como bien sabemos, tiene por lema: “Bautizados y enviados: la Iglesia de Cristo en misión en el mundo”.

Ya la *Maximum illud* hacía un llamamiento a la colaboración de todos los fieles con los misioneros. La motivación: la ley suprema del amor (cf. MI 79), y los medios: la oración (cf. MI 82-85), la promoción de las vocaciones misioneras (cf. MI 86-91) y la limosna por las misiones (cf. MI 92-95), que se han convertido en los clásicos de la cooperación misionera. No conviene, sin embargo, separar los medios de su fundamento; sin él, los medios se desnaturalizan, pierden su eficacia y se vuelven simples mecanismos de solidaridad humana.

La sacramentalidad salvífica de la Iglesia requiere que siempre tengamos conciencia de que la misión hunde sus raíces en la Trinidad y que la Iglesia ofrece visibilidad y continuidad a la obra de Cristo, por el Espíritu que mora en el fiel y en la Iglesia. Si no está afianzada en quien es el origen, la fuente y la raíz, la misión de la Iglesia es estéril. Esto nos lo tenemos que recordar hoy en día de manera especial, cuando parece débil el interés por la misión; no para resignarnos a este hecho, sino para ver la manera de avivar el auténtico espíritu católico, misionero y universal en todos los fieles. Todos los cristianos están unidos en el ejercicio de la única misión de la Iglesia. Benedicto XV invitaba también a romper las barreras de la cooperación misionera, a que todo bautizado tenga un corazón universal.

«Aquellos que [...] tienen la verdadera fe [...] —escribe Benedicto XV—deben convencerse de la estrecha obligación que tienen de ayudar a las sagradas misiones, ya que el Señor “mandó a cada uno preocuparse del prójimo” (Ecl. 17, 12)»[[8]](#footnote-9).

La *Maximum illud* pretende acabar con la idea de que la misión ha sido delegada en los institutos misioneros como si fueran los únicos agentes legítimos para llevarla a cabo. Una de las consecuencias que trae esta mentalidad es la relajación del espíritu misionero en los cristianos y, sobre todo, la idea de que la misión sea una realidad aislada o añadida a la actividad pastoral ordinaria. No se puede, en este contexto, no recordar las palabras de san Juan Pablo II en la *Novo milenio ineunte*: “Esta pasión [«¡Ay de mí si no predicara el Evangelio!» (1 Co 9,16)] suscitará en la Iglesia una nueva acción misionera, que no podrá ser delegada a unos pocos “especialistas”, sino que acabará por implicar la responsabilidad de todos los miembros del Pueblo de Dios” (NMI 40b). Cómo debe ser para que todo el pueblo de Dios tome parte en la misión de la Iglesia lo desarrolla el papa Francisco ampliamente en la primera parte del capítulo tercero de la *Evangelii gaudium* (“El anuncio del Evangelio”), que lleva por título “Todo el Pueblo de Dios anuncia el Evangelio” (nn. 111-134).

Creo que todo esto nos puede ayudar a encontrar un vínculo entre la pastoral ordinaria y la pastoral misionera, y esto nos ayudará a introducir la actividad de las OMP en la pastoral ordinaria de las Diócesis. Como ya he dicho también a los obispos de este país, la continuidad entre la pastoral ordinaria y misionera existe precisamente gracias a la fe: si la pastoral ordinaria ayuda a madurar la fe, la perspectiva misionera es el horizonte de una fe madura, que siempre se hace ver, se manifiesta, se convierte en testimonio. Y es en esta perspectiva de fe en la que alguien puede percibir la llamada de Dios a ser misionero en el sentido clásico, es decir, dejándolo todo para ir a anunciar el Evangelio “hasta los confines de la tierra”. Ser misionero a tiempo completo sigue siendo una vocación específica de Dios, con la cual Él quiere enriquecer a la Iglesia, pero esta vocación no se puede percibir si no es dentro de un contexto de fe que abre el oído a la voz de Dios.

Como decía, también con respecto a las OMP debemos redescubrir la naturaleza profundamente pastoral de este carisma. ¿Por qué pastoral? Porque ayuda a la persona bautizada a vivir una fe misionera y universal, porque toda fe cristiana es misionera y universal: participa en la difusión del Evangelio y se siente unida a muchos hermanos y hermanas que viven su propia fe en todos los rincones del mundo, en unión con el Papa, que gobierna la “caridad universal”, según las palabras de san Ignacio de Antioquía. La participación en la difusión del Evangelio se lleva a cabo con la oración, el sacrificio, el testimonio, el ofrecimiento. Son herramientas sencillas y corrientes, al alcance de todos. El carisma de las OMP puede ofrecer esta contribución específica a la vida de todas las diócesis del mundo. Además, como saben, de manera específica, pueden apoyar el cuidado pastoral de los niños y la promoción de vocaciones.

He aquí por qué existe una profunda continuidad -no podría ser de otra manera- entre la propuesta que el Papa hace sucintamente para el Mes Misionero Extraordinario y la propuesta de la *Evangelii gaudium*[[9]](#footnote-10). Se puede decir que el Mes Misionero Extraordinario es una manera muy aterrizada a la realidad de las comunidades cristianas de poner en práctica lo esencial de la *Evangelii gaudium*, de ahí el empeño personal del Papa con su promoción, planificación y desarrollo. Y, en este sentido, el carisma de las OMP no ha perdido nada de su actualidad.

Sin duda, el Mes Misionero Extraordinario dará lugar a numerosas celebraciones, eventos, encuentros, conferencias, etc. Sería importante también, como voy señalando cuando tengo ocasión, que alguna de las iniciativas quedara como testimonio de esta renovación y conversión pastoral y misionera.

Desde el punto de vista teológico, la celebración del Mes Misionero Extraordinario puede aportar -en opinión del P. Fabrizio Meroni, Secretario General de la PUM- cuatro “preguntas cruciales para la renovación de la conciencia, del ardor y la responsabilidad misionera”:

* Redescubrir el vínculo intrínseco entre la misión y la salvación cristiana (ver *Ad Gentes* 7).
* Recuperar la fe en la relación con el mundo (ver *Gaudium et Spes*).
* Restablecer y comprender mejor la lógica sacramental del evento Jesucristo.
* Una comprensión renovada de las implicaciones sobre la verdad contenida en la Revelación cristiana[[10]](#footnote-11).

Quisiera subrayar esta dimensión propiamente teológica de la misión, porque cada práctica pastoral tiene que brotar de un sano fundamento teológico. Tengo la viva esperanza de que los congresos teológicos que se han organizado en muchos países con ocasión del Mes Misionero Extraordinario contribuyan a reforzar el sentido misionero que hoy sufre también por una cierta debilidad del pensamiento teológico sobre la misión. Necesitamos de una reflexión que, en el debate actual, pueda afirmar razonablemente a la luz de la revelación el porqué de la misión. El Mes Misionero Extraordinario nos está pidiendo que volvamos a las raíces evangélicas de la misión, al impulso de un nuevo Pentecostés y a la intrepidez apostólica de los primeros cristianos, es decir, tomar conciencia de que la llamada que Dios nos hace en el bautismo es a vivir una profunda vida de unión con él y que nuestra misión es cuidar esta vida que estamos llamados a vivir y propagar. “Yo soy una misión en este mundo”, como afirma el mensaje para la Jornada Mundial de las Misiones de este año: la existencia es una misión y la existencia cristiana es ya misión divina.

**Conclusión**

“De *Maximum illud* al Mes Misionero Extraordinario” es el título de la intervención que se me ha confiado. La *Maximum illud* ofrece -como creo que se ha podido comprender en lo anteriormente expuesto- pistas más que suficientes para la conversión misionera que el papa Francisco nos propone. Considero, además, que el Mes Misionero Extraordinario es una estupenda oportunidad para que cale en la conciencia de los bautizados y en sus comunidades, a cualquier nivel, la necesidad de tener un espíritu de caridad cristiana universal a la vez que la simplicidad de los medios.

Al inicio de mi intervención ya he indicado que el Papa desea la renovación de las OMP con clara fidelidad a su carisma y carismas fundacionales, adaptándose –desde una renovada comprensión del evangelio y de los signos de los tiempos- a la realidad actual. De la misma manera que la *Maximum illud* cambió la forma de entender y de realizar la misión en la Iglesia, el Mes Misionero Extraordinario debería ayudar a que la pastoral misionera de la Iglesia dé un giro y tome un nuevo rumbo.

Durante mucho tiempo, la Iglesia ha repetido el mandato misionero de Jesús resucitado, poniendo todo su empeño en hacerlo suyo. En este momento se nos pide atender al mandato sin olvidar a quien envía, es decir, recordando que es el mismo Cristo resucitado, por la acción de su Espíritu. Existe el peligro de caer en la tentación de llevar a cabo la misión sin tener en cuenta a quien nos envía y que el Resucitado que nos envía también nos dice: “Yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo” (Mt 28,20), porque -como decía al inicio del nuevo milenio san Juan Pablo II- “hace falta reavivar en nosotros el impulso de los orígenes, dejándonos impregnar por el ardor de la predicación apostólica después de Pentecostés” (NMI 40). De hecho, uno de los pilares de la espiritualidad misionera -nos dice el actual Pontífice- es creer en “la acción misteriosa del Resucitado y de su Espíritu” (cf. EG 275-280).

Por este motivo, una nueva impronta evangélica en la pastoral misionera solo puede venir de poner en su centro con mayor nitidez el *kerygma*. La *Maximum illud* era una propuesta de abandonar la confianza en los poderes humanos (las potencias coloniales, en ese momento) para la eficacia de la evangelización; también hoy debemos creer en la eficacia del poder de Dios que se nos da por el anuncio de Cristo muerto y resucitado, y que todavía tiene fuerza para tocar los corazones de los hombres y hacerles conocer el amor de Dios. Este es el fundamento de la misión, así como también de la pastoral misionera. Papa Francisco lo ha dicho de forma muy clara en *Evangelii gaudium.* En las circunstancias actuales de la Iglesia y el mundo, esta llamada de atención es más apremiante. Pues bien, la llamada que nos hace el Espíritu es que veamos con mayor nitidez el centro de nuestro anuncio.

Con la *Maximum illud* comienza un cambio de época en la que estamos inmersos de lleno: el paso de un mundo centrado en Europa a un mundo que progresivamente amplía sus horizontes. Hoy en día la globalización hace mucho más evidente este cambio de época. Incluso en la vida de la Iglesia, las comunidades de más reciente evangelización aparecen con mayor fuerza y calidad. Son el fruto de todos estos años de anuncio del Evangelio, y en este sentido debemos estar agradecidos por todo lo que se ha puesto en marcha gracias a la *Maximum illud*. Hoy, entre las distintas Iglesias locales, se establece cada vez más un movimiento de dar y recibir, gracias al cual podemos vivir de manera más consciente la universalidad de nuestra fe. Ciertamente no disminuye la tarea histórica de las Iglesias en Europa, que no han agotado su función, sobre todo en proporcionar recursos teológicos y formativos. A finales del siglo XIX el fervor misionero del pueblo de Dios hizo posible una gran obra misionera en el lejano oriente, uno de cuyos frutos más visibles es la *Maximum illud*; a principios del siglo XXI Dios nos está pidiendo alimentar este fervor misionero, para que la misión universal de la Iglesia continúe en este mundo, que sigue necesitando la salvación de Cristo.

1. Cf. G. DAL TOSO, “La *missio* en la Trinidad, origen de la *missio* de la Iglesia”, en: CONGREGACIÓN PARA LA EVANGELIZACIÓN DE LOS PUEBLOS-OBRAS MISIONALES PONTIFICIAS, *Bautizados y enviados. La Iglesia de Cristo en misión en el mundo. Mes Misioneros Extraordinario, octubre 2019*, Cinisello Balsamo 2019, pp. 53-67. [↑](#footnote-ref-2)
2. Cf. Art. “*Maximum illud*”, en: H. RZEPKOWSKI, *Diccionario de misionología*, Navarra 1997. También el volumen de la revista *Misiones Extranjeras* 288 (2019) dedicado al Mes Misionero Extraordinario, así como “Aspectos importantes de la Carta Apostólica *Maximum illud (30 de noviembre de 1919)*, en: CONGREGACIÓN PARA LA EVANGELIZACIÓN DE LOS PUEBLOS-OBRAS MISIONALES PONTIFICIAS, *Bautizados y enviados. La Iglesia de Cristo en misión en el mundo. Mes Misionero Extraordinario, octubre 2019*, Cinisello Balsamo 2019, pp. 319ss. [↑](#footnote-ref-3)
3. Cf. J. E. SCHENK, “Aspectos de un pontificado”, en: A. FLICHE-V. MARTIN, *Historia de la Iglesia*, vol. XXVI: Guerra Mundial y Estados totalitarios, tomo 1, Valencia 1979, pp. 295-302; A. SANTOS, “Las misiones modernas”, en: id., vol. XXIX: Las misiones católicas, pp. 396-398; P. FALCIOLA, “A los sesenta años de la ‘Maximum illud’, la encíclica misionera de Benedicto XV”, en: *Omnis Terra* 89 (1979), pp. 390-394; T. SCALZOTTO, “L’encyclique *Maximum illud* et son importance historique”, en: *Omnis Terra* CXLIX-3 (1980), pp. 13-24. [↑](#footnote-ref-4)
4. Cf. P. FALCIOLA, “A los sesenta años de la ‘Maximum illud’, la encíclica misionera de Benedicto XV”, en: *Omnis Terra* 89 (1979), p. 392. [↑](#footnote-ref-5)
5. “Questa enciclica è stata una svolta nella storia della diffusione della fede, dando il via alla formazione di Chiese locali, non solo in Asia, con un loro clero e con vescovi autoctoni”: G. BATTAGLIA, “Le frontiere dell’evangelizzazione”, en: *Didaskalia* XXXVIII (2008), p. 85, citando a su vez C. SOETENS, “La svolta della

   *Maximum illud*”, en: A. GIOVAGNOLI (a cura di), *Roma e Pechino*, Roma 1999, pp. 69-90. En la misma línea también G. COLLET, *“…Fino agli estremi confini della terra”. Questioni fondamentali di teología della missione*, Brescia 2004, p. 149.

   « L'encyclique *Maximum illud* est apparue à beaucoup comme directement adressée aux missions de Chine. Il est du moins certain que, dans ses indications les plus caractéristiques sur la stratégie missionnaire (contre l'esprit nationaliste européen et pour l'épiscopat autochtone), le document s'inspirait directement de la situation ecclésiastique de la Chine, de son évolution aussi, et il annonçait l'orientation qu'allaient prendre les mesures en préparation à Rome » : C. SOETENS, *Pie XI et les missions. Influences et circonstances majeures (1922-1926). In: Achille Ratti pape Pie XI. Actes du colloque de Rome (15-18 mars 1989) organisé par l'École française de Rome en collaboration avec l'Université de Lille III - Greco n° 2 du CNRS, l'Università degli studi di Milano, l'Università degli studi di Roma - «La Sapienza», la Biblioteca Ambrosiana*. Rome : Publications de l'École française de Rome, 223, 1996 , p. 722. [↑](#footnote-ref-6)
6. P. FALCIOLA, “A los sesenta años de la ‘Maximum illud’, la encíclica misionera de Benedicto XV”, en: *Omnis Terra* 89 (1979), p. 392. [↑](#footnote-ref-7)
7. S. TRINCHESE, “L'Opera della propagazione della fede dalla centralizzazione a Roma nel 1921 alla Mostra missionaria del 1925”, In: *Achille Ratti pape Pie XI. Actes du colloque de Rome (15-18 mars 1989) organisé par l'École française de Rome en collaboration avec l'Université de Lille III - Greco n° 2 du CNRS, l'Università degli studi di Milano, l'Università degli studi di Roma - «La Sapienza», la Biblioteca Ambrosiana*. Rome : Publications de l'École française de Rome, 223, 1996. pp. 693-718. [↑](#footnote-ref-8)
8. P. FALCIOLA, “A los sesenta años de la ‘Maximum illud’, la encíclica misionera de Benedicto XV”, en: *Omnis Terra* 89 (1979), p. 393. [↑](#footnote-ref-9)
9. Cf. E. BUENO DE LA FUENTE, “Contexto eclesiológico y misionero del Mes Misionero Extraordinario”, en: *Misiones Extranjeras* 288 (2019) 8-10. [↑](#footnote-ref-10)
10. Cf. F. MERONI, “El Mes Extraordinario Misionero, un kairós para la Iglesia”, en: AA. VV., *Ante el octubre misionero (2019), la interpelación misionera del papa francisco. 29 Simposio de Misionología 7, 8 y 9 de marzo de 2019*, Burgos 2019, Estudios de Misionología 19, pp. 146-156; id., “La misión de la Iglesia y la *missio ad gentes*. Algunas observaciones iniciales”, en: CONGREGACIÓN PARA LA EVANGELIZACIÓN DE LOS PUEBLOS-OBRAS MISIONALES PONTIFICIAS, *Bautizados y enviados. La Iglesia de Cristo en misión en el mundo. Mes Misionero Extraordinario, octubre 2019*, Cinisello Balsamo 2019, pp. 72-79. [↑](#footnote-ref-11)